

Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde  
¿Cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran prisa al meneo de sus tejoletas, dijo:

Riñen dos amantes, hácese la paz,  
Si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapin, se metió en danza, y acompañó á las demas diciendo:

Detente, enojado, no me azotes más,  
Que si bien lo miras, á tus carnes das.

—Cántese á lo llano,—dijo á esta sazón Repolido,—y no se toquen hestorias pasadas, que no hay para qué: lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta.

Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban á la puerta apriesa, y con ella salió Monipodio á ver quién era, y la centinela le dijo como al cabo de la calle habia asomado el alcalde de la justicia, y que delante dél venian el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales.

Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos, de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al revés: dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turbado silencio toda la música: enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido, y suspendióse Maniferro, y todos, cuál por una y cuál por otra parte, desaparecieron, subiéndose á las azoteas y tejados para escaparse y pasar por ellos á otra calle.

Nunca disparado arcabuz á deshora, ni trueno repentino espantó así á banda de descuidadas palomas, como puso en alboroto y espanto á toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia y su corchetada: los dos novicios Rinconete y Cortadillo no sabian qué hacerse, y estuviéronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en más de volver la centinela á decir que el alcalde se habia pasa-

do de largo, sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna.

Y estando diciendo esto á Monipodio, llegó un caballero mozo á la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio: Monipodio le entró consigo, y mandó llamar á Chiquiznaque, á Maniferro y al Repolido, y que de los demas no bajase ninguno: como se habian quedado en el patio Rinconete y Cortadillo pudieron oír toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recién venido, el cual dijo á Monipodio, que por qué se habia hecho tan mal lo que le habia encomendado. Monipodio respondió que aún no sabia lo que se habia hecho, pero que allí estaba el oficial á cuyo cargo estaba su negocio, y que él daría muy buena cuenta de sí.

Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si habia cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de á catorce.

—¿Cuál,—respondió Chiquiznaque:—es la de aquel mercader de la encrucijada?

—Esa es,—dijo el caballero.

—Pues lo que en eso pasa, respondió Chiquiznaque,—es que yo le aguardé anoche á la puerta de su casa, y él vino antes de la oración: lleguéme cerca dél, marquéle el rostro con la vista, y ví que le tenia tan pequeño que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos; y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido, y de hacer lo que llevaba en mi destruición.

—Instrucción querrá vuesa merced decir,—dijo el caballero,—que no destruición.

—Eso quise decir,—respondió Chiquiznaque;—digo que viendo que en la estrechez y poca cantidad de aquel rostro no cabian los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, di la cuchillada á un lacayo suyo, que á buen seguro que la pueden poner por mayor de marca.

—Más quisiera,—dijo el caballero,—que se le hubiera dado al amo una de á siete, que al criado la de catorce: en efeto, conmigo no se ha cumplido, como era razón, pero no importa; poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal: beso á vuestras mercedes las manos.

Y diciendo esto, se quitó el sombrero, y volvió las espaldas para

irse; pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traía puesta, diciéndole:

—Voacé se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja: veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, ó prendas que lo valgan.

—Pues ¿á esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra,—respondió el caballero,—dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo?

—¡Qué bien está en la cuenta el señor!—dijo Chiquiznaque;—bien parece que no se acuerda de aquel refran que dice: Quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su can.

—Pues ¿en qué modo puede venir aquí á propósito este refran?—replicó el caballero.

—¿Pues no es lo mismo, prosiguió Chiquiznaque,—decir: quien mal quiere á Beltran, mal quiere á su can? y así Beltran es el mercader, voacé le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can se da á Beltran, y la deuda queda líquida, y trae aparejada ejecucion: por eso no hay más sino pagar luégo sin apercebimiento de remate.

—Eso juro yo bien,—añadió Monipodio,—y de la boca me quitate, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho: y así voacé, señor galan, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luégo lo trabajado, y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la está curando.

—Como eso sea,—respondió el galan,—de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero.

—No dude en esto,—dijo Monipodio,—más que en ser cristiano, que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera que parezca que allí se le nació.

—Pues con esa seguridad y promesa,—respondió el caballero,—recíbese esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada: pesa mil reales, y podría ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos ántes de mucho.

Quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y dió-sela á Monipodio, que al tocar y al peso bien vió que no era de alquimia. Monipodio la recibió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado: la ejecucion quedó á cargo de Chiquiznaque, que sólo tomó término de aquella noche.

Fuése muy satisfecho el caballero, y luégo Monipodio llamó á todos los ausentes y azorados: bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio dellos, sacó un libro de memoria que traía en la capilla de la capa, y diósele á Rinconete que leyese, porque él no sabía leer.

Abrióle Rinconete, y en la primera hoja vió que decía:

*Memoria de las cuchilladas que se han de dar esta semana.*

«La primera al mercader de la encrucijada: vale cincuenta escudos: están recibidos treinta á buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque.»

—No creo que hay otra, hijo,—dijo Monipodio:—pasa adelante, y mira donde dice: *Memoria de palos.*

Volvió la hoja Rinconete, y vió que en otra estaba escrito: *Memoria de palos*, y más abajo decía:

«Al bodegonero de la Alfalfa doce palos de mayor cuantía, á escudo cada uno: están dados á buena cuenta ocho: el término seis días. Secutor, Maniferro.»

—Bien podía borrarse esta partida,—dijo Maniferro,—porque esta noche traeré finiquito della.

—¿Hay más, hijo?—dijo Monipodio.

—Sí, otra,—respondió Rinconete,—que dice así:

«Al sastre corcobado, que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía á pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado.»

—Maravillado estoy,—dijo Monipodio,—cómo todavía está esa partida en ser; sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos dias pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra.

—Yo le topé ayer,—dijo Maniferro,—y me dijo que por haber

estado retirado por enfermo el Corcobado, no habia cumplido con su débito.

—Eso creo yo bien,—dijo Monipodio,—porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿Hay más, mocito?

—No, señor,—respondió Rinconete.

—Pues pasad adelante,—dijo Monipodio,—y mirad donde dice: *Memorial de agravios comunes*.

Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

«Memorial de agravios comunes, conviene á saber: redomazos, untos de miera, clavazon de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicacion de nibelos, etc.»

—¿Qué dice más abajo?—dijo Monipodio.

—Dice,—dijo Rinconete,—unto de miera en la casa...

—No se lea la casa, que ya yo sé dónde es,—respondió Monipodio,—y yo soy el tuautem y ejecutor de esa niñería, y están dados á buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho.

—Así es la verdad,—dijo Rinconete,—que todo eso está aquí escrito; y aún más abajo dice: *clavazon de cuernos*.

—Tampoco se lea,—dijo Monipodio,—la casa, ni adónde, que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia: á lo ménos más querria yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decillo sola una vez, aunque fuese á la madre que me parió.

—El ejecutor desto es,—dijo Rinconete,—el Narigueta.

—Ya está eso hecho y pagado,—dijo Monipodio;—mirad si hay más, que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos: está dada la mitad, y el ejecutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumpliráse al pié de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos á esta parte: dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay más, y sé tambien que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer más de lo que quisiéremos; que no se mueve la ho-

ja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se venga nadie por fuerza; cuanto más, que cada uno en su causa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos.

—Así es,—dijo á esto el Repolido.—Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde, y va entrando el calor más que de paso.

—Lo que se ha de hacer,—respondió Monipodio,—es que todos se vayan á sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar, y se repartirá todo lo que hubiere caído, sin agraviar á nadie. A Rinconete el bueno y á Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo, desde la torre del Oro por fuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar á sentadillas con sus flores: que yo he visto á otros de ménos habilidad que ellos salir cada dia con más de veinte reales en menudos, amén de la plata, con una baraja sola, y esa con cuatro naipes ménos: este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendais hasta San Sebastian y Santelmo, importa poco, puesto que es justicia mera mista, que nadie se entre en pertenencia de nadie.

Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacia, y ofrecieronse á hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y recato. Sacó en esto Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo á Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no habia tintero le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: Rinconete y Cortadillo cofrades: noviciado ninguno: Rinconete floreo, Cortadillo bajon, y el dia, mes y año, callando padres y patria.

Estando en esto entró uno de los viejos abispones, y dijo:

—Vengo á decir á vuestras mercedes como agora topé en Gradas á Lobillo el de Málaga, y dícame que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naípe limpio quitará el dinero al mismo Satanás, y que por venir maltratado no viene luégo á registrarse, y á dar la sólita obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta.

—Siempre se me asentó á mí,—dijo Monipodio,—que este Lo-

billo habia de ser único en su arte, porque tiene las mejores y más acomodadas manos para ello, que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto há menester los buenos instrumentos con que le ejercita, como el ingenio con que le aprende.

—Tambien topé,—dijo el viejó,—en una casa de posadas en la calle de Tintores, al judío en hábito de clérigo, que se ha ido á posar allí, por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa, y querria ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad, que de allí podria venir á mucha: dice tambien que el domingo no faltará de la junta y dará cuenta de su persona.

—Ese judío tambien,—dijo Monipodio,—es gran sacre, y tiene gran conocimiento; dias há que no le he visto, y no lo hace bien; pues á fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona, que no tiene más órdenes el ladron, que las que tiene el turco, ni sabe más latin que mi madre: ¿hay más de nuevo?

—No,—dijo el viejo,—á lo ménos que yo sepa.

—Pues sea en buen hora,—dijo Monipodio;—voacedes tomen esta miseria, y repartió entre todos hasta cuarenta reales, y el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo corrido.

Todos le volvieron las gracias: tornáronse á abrazar Repolido y la Cariharta: la Escalanta con Maniferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche despues de haber alzado de obra en la casa, se viesen en la de la Pipota, donde tambien dijo que iria Monipodio al registro de la canasta de colar, y que luégo habia de ir á cumplir y borrar la partida de la miera: abrazó á Rinconete y á Cortadillo, y echándoles su bendicion los despidió, encargándoles que no tuviesen jamas posada cierta, ni de asiento, porque así convenia á la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque á lo que creia y pensaba, Monipodio habia de leer una licion de oposicion acerca de las cosas concernientes á su arte. Con esto se fué dejando á los dos compañeros admirados de lo que habian visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenía un buen natural, y como habia andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabia algo de buen lenguaje, y dábale gran ri-

sa pensar en los vocablos que habia oido á Monipodio y á los demas de su compañía y bendita comunidad; y más cuando por decir *per modum sufragii*, habia dicho por modo de naufragio; y que sacaban el estupendo, por decir estipendio, de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un marinero de Tarpeya y un tigre de Ocaña por decir Hircania, con otras mil impertinencias; especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que habia pasado en ganar los veinticuatro reales, lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados; y sobre todo le admiraba la seguridad que tenían y la confianza de irse al cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos, y de homicidios y ofensas de Dios: y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba á poner las candelillas de cera á las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida: no ménos le suspendia la obediencia y respeto que todos tenían á Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado: consideraba lo que habia leído en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban: finalmente, exageraba cuán descuidada justicia habia en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivia en ella gente tan perniciosa y tan contraria á la misma naturaleza; y propuso en sí de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta; pero con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más larga escritura, y así se deja para otra ocasion contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideracion, y que podrán servir de ejemplo y aviso á los que los leyeren.